
IDENTIDAD

Ver: *Yo / Yo mismo / Mismidad / Persona / Personalidad / Personeidad*

«Realidad es la formalidad del “de suyo”. Pues bien, si por cualquier razón el contenido de la cosa real se modifica, no por eso la cosa real se vuelve forzosamente otra realidad. Puede continuar siendo la misma cosa real aunque modificada. ¿Qué es esa mismidad? No se trata del simple fenómeno de constancia perceptiva sino de una estricta mismidad numérica del momento de realidad.

El contenido del “de suyo”, es decir lo que es “de suyo”, ha cambiado, pero no ha cambiado el “de suyo” mismo en cuanto tal. La misma formalidad de realidad, en mismidad numérica, “reifica” cuanto adviene a su contenido. La cosa es entonces la misma, aunque no sea lo mismo. La mismidad en cuestión tampoco es una identidad conceptual: no es mera comunidad. Es comunicación, es reificación.

No es que el concepto de realidad sea *igual* en las distintas realidades, sino que se trata de una *mismidad numérica*. Cada nueva aprehensión de realidad se inscribe en la formalidad de realidad numéricamente la misma. Es lo que constituye el primer momento de la trascendentalidad: la *apertura*. La formalidad de realidad es en sí misma, en cuanto “de realidad”, algo abierto.

Por lo menos, a su contenido. La formalidad de realidad es, pues, un “ex”. Por ser abierta esta formalidad es por lo que la cosa real en cuanto real es “más” que su contenido actual: es trascendental, trasciende de su contenido. Realidad no es, pues, un carácter del *contenido ya concluso*, sino que es *formalidad abierta*.

Decir realidad es siempre dejar en suspenso una frase que por sí misma está pidiendo ser completada por “realidad de algo”. Lo real en cuanto real está abierto no en el sentido de que por sus propiedades toda cosa real actúe sobre las demás. No se trata de actuación sino de apertura de formalidad. La formalidad de realidad es en cuanto tal la apertura misma. No es apertura de lo real, sino apertura de la realidad.

Por ser abierta es por lo que la formalidad de realidad puede ser la misma en distintas cosas reales. Se dirá que en nuestras aprehensiones aprehendemos cosas reales múltiples. Esto es verdad. Pero esta multiplicidad en primer lugar se refiere sobre todo al contenido. Y, en

segundo lugar, aunque se trate de otras realidades, esas realidades no son "otras" *conceptivamente* sino que están *sentidas formalmente* como otras. *Conceptivamente*, las múltiples realidades serían casos particulares de un solo concepto de realidad.

Pero *sentientemente* las otras realidades no son casos particulares, sino que son formalmente sentidas como otras. Y, por tanto, al ser sentidas como otras, estamos expresando justamente la inscripción de las tintas cosas reales en la mismidad numérica de la formalidad de realidad. Por tanto, no se trata de "otra realidad", sino de "realidad otra".

Apertura: he aquí el primer momento del "ex" de la transcendentalidad. [...] Ser real es más que ser esto o lo otro, pero es ser real tan sólo respectivamente a esto o a lo otro. La apertura respectiva es transcendental. Es el segundo momento de la transcendentalidad.

¿A qué está abierta la formalidad de realidad, a qué está respectivamente abierta? Ante todo, está abierta al contenido. Con lo cual se contenido tiene un preciso carácter. No es "el" contenido así en abstracto, sino que es un contenido que es "de suyo", que es "en propio". Por tanto, el contenido es realmente "suyo", de la cosa. El contenido es "su" contenido.

El sujeto gramatical de este "su" es la formalidad de realidad. Al ser respectivamente abierta, la formalidad de realidad no sólo "reifica" el contenido, sino que lo hace formalmente "suyo". Es por así decirlo "suificante". Antes de ser un momento del contenido, la suidad es un momento de la formalidad misma de realidad.

Esta formalidad de realidad es, pues, lo que constituye la suidad en cuanto tal. Como momento de la formalidad de realidad, la suidad es un momento del "ex", es transcendental. Es el tercer momento de la transcendentalidad.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 119-121]



«El *cogito me cogitare* no es, por consiguiente, "yo pienso que yo pienso", sino yo estoy viendo que estoy pensando.

Ahora uno se pregunta qué relación hay entre estos dos momentos de la frase: "yo estoy viendo que yo estoy pensando". Uno pensaría que es la identidad lógica del sujeto "yo" lo que destaca Descartes; pero esto no es verdad porque, como sujeto lógico de la frase, los dos *ego* son distintos: uno es el *ego* que forma parte del pensamiento pensado, otro el *ego* que lo piensa, y así podríamos seguir hasta el infinito.

No se trata de una identidad lógica; se trata precisamente de la identidad del estar: real y efectivamente es *estando* como "estoy" pensando y como "estoy" viendo que "estoy" pensando. El acceso del hombre a sí mismo no es una cuestión de intuición; es la condición de una realidad –cualquiera

que ella sea, no vamos a entrar en este problema–, de un estar, que no puede estar –en este caso pensando– más que estando intuyendo y viendo que efectivamente está pensando. Es justamente el tema de la *reflexividad*; pero, entonces, la reflexividad no es simplemente cuestión de juicio, sino la condición real de la propia inteligencia humana en tanto que realidad.

Porque, ¿cómo alcanza la intuición su objeto? Ciertamente no lo alcanza por azar, sino que lo alcanza *por sí misma*, por su propia, por su intrínseca condición; de lo contrario, sería dubitable hasta el infinito. La identidad, es decir, mi estar en la realidad alcanza su objeto porque se trata de una misma y única realidad, que expresamos en español con el verbo *estar*.

Descartes con la idea del ser ha llevado el asunto a una dimensión meramente lógica. Y si en la metafísica de Santo Tomás hemos asistido a la entificación de la realidad, aquí asistimos a algo distinto, igualmente grave: a la “verificación de la entidad”.»

[Zubiri, Xavier: *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, p. 134-135]



«En la autoconciencia no aparecen para nada las cosas, sólo aparecen mis pensamientos acerca de ellas, aquello de que la conciencia en la fase anterior se dio cuenta. Ahora aparezco yo con mis pensamientos, nada más que yo. Tal es el dominio de la autoconciencia, el dominio del yo en el que la filosofía, desde Descartes hasta Kant, había centrado todo el saber filosófico.

Para Hegel, esto es algo de segundo o cuarto orden; porque, en efecto, ¿en qué consiste ese yo? En tenerse a sí mismo como objeto. Y tengo mis pensamientos, soy un yo que tengo mis pensamientos, mis certezas, mis posibles dudas. Entonces el yo aparece como un objeto, excelente, pero como un objeto de la autoconciencia, del mismo modo que este vaso de agua aparece como un objeto de conciencia directa.

Es justamente la “cosificación” del yo. De este yo, así constituido como “objeto”, ¿qué se puede decir? Todo lo que han dicho las filosofías montadas sobre la apercepción, por ejemplo, Leibniz y Kant: que es un yo que acompaña todas las representaciones, que se mantiene idéntico en todas ellas. Si quitásemos de ese yo toda la concreción de los actos que están montados sobre él, ¿con qué nos quedaríamos? Pura y simplemente con la forma radical y general de la identidad del objeto en cuanto tal: es la filosofía de Fichte.

Fichte hace arrancar toda su filosofía –según nos dice Hegel– de esa identidad: A es A, el yo es idéntico a sí mismo; lo que quiere Fichte, mediante un proceso muy largo que llena muchos tomos de su obra, es obtener desde ahí todo el mundo, cuando en realidad en cada una de las divisiones que va haciendo Fichte se va abriendo cada vez más la gran escisión, sin llegar nunca a reconquistar esa unidad postulada al principio,

sencillamente porque esa unidad es vaga y formal; es una vaguedad formalista puesto que no puede olvidarse que desde el principio yo con mis pensamientos no sólo tengo mis pensamientos, que son míos, sino que con ellos conozco la cosa y, en la medida en que conozco la cosa, son de ella, puesto que la conozco como verdad.

En mi autoconciencia descubro que la certeza, que el yo, no solamente consiste en que las cosas sean en sí y que el yo sea una cosa en sí más, sino que, en la medida en que son conocidas por el yo, las cosas son para mí.»

[Zubiri, Xavier: *Los problemas fundamentales de la metafísica occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, p. 265-266]



«Ciertamente, el Yo no es mi propia realidad sustantiva, todo lo germinal que se quiera, pero con todos los ingredientes que han de constituir toda mi realidad a lo largo de mi vida. En el Yo no se trata, por consiguiente, de mi realidad sustantiva. Se trata de algo distinto.

Es que cuando digo “yo” agrego siempre un pequeño adjetivo, “yo-mismo”, donde está justamente la diferencia específica que separa al “yo” de la realidad sustantiva. Cuando digo “yo” no enuncio simplemente mi realidad sustantiva, sino que mi realidad sustantiva se reactualiza en cierto modo en este acto que es Yo.

Y esa reafirmación de mi propia realidad sustantiva es aquello en que consiste el Yo. El Yo no es la realidad sustantiva del hombre, pero es aquel acto ulterior en que esta realidad sustantiva se reafirma y constituye eso que llamamos *ser*. El Yo no es mi realidad sustantiva, pero es mi ser sustantivo (1).

Esta distinción, que pudo parecer un poco sutil aplicada a realidades cósmicas, adquiere la plenitud de significación aplicada a la realidad humana. Lo que hace este Yo (y de ahí viene el adjetivo “*mismo*”) y por consiguiente este ser, no es añadir ninguna nota a mi realidad sustantiva, sino simplemente reactualizarla; es decir, revertir por identidad ese acto segundo a la realidad sustantiva de la que ese acto segundo emerge. Y en esta reversión por vía de identidad es en la que consiste metafísicamente la *intimidad*. La intimidad no es nada oculto. Puede serlo, pero no es íntimo por ser oculto.

El color de mi cara es perfectamente íntimo pura y simplemente porque es mío. Ese momento de ser “mío” es aquello en que consiste formalmente la intimidad. El Yo que constituye el ser sustantivo del hombre se identifica, y revierte por intimidad, con la realidad sustantiva. El Yo no es la persona, pero es el ser sustantivo. Y por eso puedo decir que soy Yo “mismo”, es decir, la reafirmación de mi realidad sustantiva en este acto segundo de ser en que consiste el Yo. [...]

Mi realidad sustantiva como personeidad es siempre la misma, yo soy siempre *el* mismo. Gracias a que mis actos son variables, nunca soy *lo* mismo. ¿En qué consiste que no sea lo mismo?

Consiste en que ambas dimensiones, el Yo como ser del hombre y aquello que hace no son dimensiones inconexas. Ni remotamente. Es un error inveterado en muchas concepciones filosóficas creer que el Yo es el sujeto de atribución y de ejecución de los actos concretos: por ejemplo, “yo escribo, yo pienso, yo entiendo”.

La verdad es que el predicado en estos casos modula y matiza esencialmente al Yo mismo. No es solamente un Yo que habla, sino un Yo que tiene la *forma* locuente. Cada uno de mis actos modula, precisamente, el carácter interno del Yo. Esta modulación no se refiere únicamente a este ejemplo trivial que he puesto.

Desde el momento de su concepción el hombre todavía no es Yo, pero evidentemente todas sus vicisitudes orgánicas van modulando la forma y la figura de eso que soy Yo. Nadie sabe –solamente Dios– en que consistirá en última instancia la forma y la figura que va cobrando el Yo en sus actos.

Como el Yo no es la realidad sustantiva del hombre, pero sí su ser, quiere decirse que cada una de las acciones que el hombre ejecuta va configurando la figura de su ser. Realmente, el hombre a lo largo de su vida nunca es *lo* mismo porque efectivamente su ser se va configurando por los actos que el hombre ejecuta.

De ahí, naturalmente, el pavoroso problema que a cada uno le plantea precisamente su ser sustantivo. El hombre que es siempre *el mismo* como personeidad, no es nunca *lo mismo* como forma y figura del *ser*. Y esta forma y figura del ser es justamente lo que debe llamarse personalidad. La personalidad no es un concepto primariamente psicológico, es ante todo y sobre todo un concepto entitativo.

Es la forma y figura del ser que en acto segundo va cobrando la realidad sustantiva en el ejercicio de sus actos. De ahí la gravedad de la vida personal. El Yo se afirma frente a toda realidad posible: soy Yo mismo frente a todo lo demás, incluso frente a Dios, pero no en el vacío sino ejecutando una serie de actos en los cuales se va configurando de una manera irremisible y sin pérdida posible ninguna la figura de mi ser.

Irremisible porque, aunque el hombre ejecute –por ejemplo, en el orden de los actos morales– actos de los que a lo mejor y en buena hora se arrepienta, eso no quiere decir que los actos se borren, sino que se conservan –bajo esa forma misteriosa que es el arrepentimiento– en la figura del ser.»

[Zubiri, Xavier: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 34-36]

(1) Se trata de la distinción que Zubiri había establecido en *Sobre la esencia*, pp. 403-412, 434-435. Posteriormente Zubiri precisará que *ser sustantivo* «sería una denominación inexacta, porque no se trata de que el ser sea lo sustantivo, ni de que la sustantividad sea el ser, sino que la sustantividad de lo real 'es'.

No es un *ser sustantivo* sino *el ser de lo sustantivo*. Es la forma radical del 'ser', no porque la realidad sustantiva sea un modo de ser, sino porque el ser de lo sustantivo es el ser de lo más radical de una cosa real, es el ser de su propia sustantividad.

Si a veces hablo de ser sustantivo entiéndase siempre que me refiero al ser de lo sustantivo» (*Inteligencia y logos*, p. 352); cf. también *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*, p. 222 y *El hombre y Dios*, p. 54).

COMENTARIOS

Eigentlich bin ich ganz anders, aber ich komme so selten dazu!

*Yo no soy así, en realidad soy muy distinto;
pero pocas veces tengo ocasión de serlo.*

•

*Was ich bin
muss ich
um es zu sein
erst werden.*

(Konstantin Wecker 1999)

•

«Al pensar que "esto ante nosotros" es un papel impreso, le atribuimos, entre otras cosas, identidad; es algo determinado, inconfundible con todo otro algo, inclusive con cualquier otro papel impreso. Será acaso *igual* a otro, pero aun siendo igual, no es el *mismo*. Esta *mismidad* o identidad, no la vemos en él, como vemos su color, sino que se la atribuimos. Por eso se trata de una operación de pensar y no simplemente de percibir.

"Realidad exterior" e "identidad" son, pues, dos elementos, supuestos o condiciones de nuestra conciencia de este papel, de nuestra experiencia o conocimiento de él.»

[Ortega y Gasset, José: "Guillermo Dilthey a la idea de la vida" (1933-1934). En *Obra completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1961, vol. VI, p. 189]

•

«Como todos lo dicen, yo también me siento impulsado a decir que Octavio Paz, poeta y escritor abierto a todos los vientos del espíritu, ciudadano del mundo si los hubo, fue asimismo un mexicano raigal. Aunque, confieso, no

tengo la menor idea de lo que eso pueda querer decir. Conozco muchos mexicanos y no hay dos que se parezcan entre sí, de modo que, respecto a las identidades nacionales suscribo con puntos y comas la afirmación del propio Octavio Paz: «La famosa búsqueda de la identidad es un pasatiempo intelectual, a veces también un negocio, de sociólogos desocupados».

Salvo, claro está, que ser mexicano raigal quiera decir amar intensamente a México -su paisaje, su historia, su arte, sus problemas, su gente-, lo que, por cierto, volvería también mexicanos raigales a un Malcom Lowry y un John Huston.

Paz amó México y dedicó mucho tiempo a reflexionar sobre él, a estudiar su pasado y discutir su presente, a analizar sus poetas y sus pintores, y en su obra inmensa México centellea con una luz de incendio, como realidad, como mito y como mil metáforas. Que este México sea seguramente mucho más fantaseado e inventado por la imaginación y la pluma de un creador fuera de serie que el México a secas, sin literatura, el de la pobre realidad, es transitorio.

Si de algo podemos estar seguros es que, con el paso inexorable del tiempo, aquel abismo se irá cerrando, que el mito literario irá envolviendo y devorando a la realidad, y que, más pronto que tarde, fuera y dentro, México será visto, soñado, amado y odiado, en la versión de Octavio Paz.»

[Mario Vargas Llosa, 1998. EL PAÍS – 10-05-1998 - Nº 737]



«En un ámbito ontológico, identidad sería aquella abstracta cualidad de las cosas que les hace ser lo que son. Voltaire lo humanizaba traduciéndolo por mismidad (*Diccionario filosófico*), y Leibniz daba a la palabra una interesante variación: „En cada sustancia, el futuro tiene una ligazón perfecta con el pasado y en esto consiste la identidad del individuo“ (*Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, libro II, cap. 1).

Una relación, pues, con la historia, con la memoria; y una identidad móvil, fluida, que se crea con ellas. Pero en el espacio virtual de la mitopolítica, convertida, casi siempre, en la política mal llamada de la realidad, la identidad buscada se va llenando de aquellos contenidos con que nos la quieran lastrar.

Ese lastre viene arrastrado por la educación, en la que se enseñan curiosas e inventadas semánticas para esa irrenunciable, modesta, cotidiana identidad en la que estamos engarzados todos los seres humanos.»

[Emilio Lledó: “El medio no ha sido el mensaje”, *El País*, 11-05-2000 - Nº 1469]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten